

ralmente al madrileño Pantaleón de Ribera. Deliciosos son los versos: “Ilustrísimo Don Payo, / amado Prelado mío / ... Mío os llamo tan sin riesgo, / que al eco de repetirlo, / tengo ya de los ratones el Convento todo limpio” (p. 197). En pocas palabras, ya en este poema de juventud se encuentran, aunque sea en germen, algunos de los tópicos y recursos retóricos de alusión y elusión que la poeta desarrollará más tarde. Esto lo observa Buxó a la perfección cuando declara: “dejando a lado la intención superior y la madurez intelectual y artística de *El Sueño*, también en el romance juvenil... Sor Juana supo valerse de un conjunto de imágenes consagradas por la tradición humanística...”.

Quisiera concluir mi reseña reiterando la alta calidad crítica de este conjunto de ensayos que ofrece a los lectores una gran y fructífera erudición unida a una inteligente originalidad crítica.

MARÍA DOLORES BRAVO ARRIAGA
Universidad Nacional Autónoma de México

THOMAS WARD, *La resistencia cultural: la nación en el ensayo de las Américas*. Universidad Ricardo Palma, Lima, 2004.

El continente americano se dice en plural en el estudio de Thomas Ward. *La resistencia cultural: la nación en el ensayo de las Américas* es un proyecto ambicioso porque explora diversos textos dedicados al tema de la nación y, en su afán de ser lo más fiel a la “polifonía heteróclita que representa las diversas realidades de las Américas” (p. 15), toma en cuenta autores de las cinco regiones del Nuevo Mundo: el Río de la Plata, el Caribe, la región andina, Mesoamérica y los Estados Unidos. Ward quiere formular “una teoría de la nación inclusiva” (p. 17), de tal modo que en su selección no necesariamente incluye voces canónicas ni tampoco toma en cuenta orientaciones ideológicas o políticas en específico.

Ward trata de dilucidar cuál es la particularidad que caracteriza a las naciones americanas, según los diversos puntos de vista que defienden los rasgos de etnia o estamento, para dar cuenta cabal de la hibridez de las Américas. En otras palabras, Ward quiere estudiar las diversas opiniones locales sobre los elementos que definen a cada nación y que cuestionan la relación entre lo regional y lo universal. El autor explica, así, que el concepto de nación basado en la identidad de las etnias parte del Romanticismo, con el que se trataba de subrayar las diferencias entre las naciones. Para defender el punto de vista de su estudio, Ward subraya que “lo étnico no sólo se convirtió en lugar común de la ensayística anglo y latinoamericana, sino que también llegó a ser elemento esencial de cuantiosas teorías sobre la nación en las Américas” (p. 34).

Según el autor de *La resistencia cultural*, para definir la nación es preciso comprender sus orígenes como concepto, su naturaleza y posibles pautas para el futuro. En el siglo XIX se reacciona en contra de las “aspiraciones unificadoras del Renacimiento (el papado, el catolicismo, la reforma)”; el nacionalismo expansionista decimonónico desemboca en el siglo XX y da forma cultural al XXI. Ward, siguiendo las propuestas de los estudios culturales, analiza los puntos de vista que se oponen a lo occidental, lo masculino o lo jerárquico, como la cultura oral y popular, la indígena, la africana, la mestiza, la rural, la proletaria, la femenina, reflexiones propuestas y discutidas, de preferencia, desde dentro.

Para la zona del Río de la Plata se estudian algunas obras de Domingo Faustino Sarmiento, José Mármol, José Enrique Rodó, Ezequiel Martínez Estrada, Marco Denevi y Luis Wainerman. El autor parte de *Facundo (civilización y barbarie)*, pues argumenta que si Sarmiento concibe al indígena como un salvaje que resiste la civilización, manifiesta con ello temor respecto del cruzamiento de razas; por lo tanto, Sarmiento rechaza la heterogeneidad propia del mestizo. En el proyecto sarmientino de nación se trata de desarrollar la civilización de los centros urbanos, por lo que el rezago de las áreas rurales se interpreta como una carga nociva heredada de la conquista y colonización españolas. Con respecto a la oposición civilización-barbarie, se apuesta por la primera dado que se anhela lo trasatlántico. *Facundo (civilización y barbarie)* es una obra de referencia obligada para entender el pensamiento central respecto del tema de la nación, pues Ward constantemente se refiere a dicha obra para contrastarla con voces discrepantes. Otro autor importante para el Río de la Plata es José Mármol, quien en *Amalia* representa la manipulación que los federales conservadores ejercieron sobre los negros como aliados políticos, pero lo hace utilizando un discurso demagógico a favor del mestizaje que tenía la mera función de allegarse partidarios. Los unitarios eurocentristas, por su lado, se manifestaron en contra de tal procedimiento y prefirieron rechazar al gaucho y al negro. Con todo, el que Rosas hubiera ganado el favor de los negros facilitó la integración de éstos a la nación (p. 62).

Otro ejemplo de las indagaciones de Ward respecto del Río de la Plata es su análisis del pensamiento de José Enrique Rodó, escritor que trata de dar respuesta a una realidad desunida y temerosa con su *Ariel*. Rodó critica la relación de Hispanoamérica con los Estados Unidos, ya que reniega de la adopción de formas extranjeras para los pueblos de Latinoamérica. Al uruguayo le interesan solamente los “recursos buenos y bellos de la cultura trasatlántica”, pero en su búsqueda de lo bello no tienen cabida los obreros ni los indígenas ni los esclavos o sus descendientes. Rodó no concibe una nación democrática si persiste la esclavitud y tampoco si se excluye de ella al pueblo; pero no puede desprenderse de nociones jerárquicas como la afirmación de que la

minoría ilustrada ha de adiestrar a la muchedumbre para alcanzar el ideal de una democracia auténtica. El Río de la Plata representa, en términos generales, lo criollo.

En el Caribe se integra lo multicultural, pues se añade el elemento negro al mestizaje. Ward analiza las reacciones antisarmientinas del puertorriqueño Eugenio María de Hostos y del cubano José Martí. Del primero, estudia la novela titulada *Peregrinación de Boyoán* (1863), y el ensayo sobre “La América Latina”, en los cuales se llega a afirmar que la civilización “da asco”. Ward trata de seguir la influencia del “racionalismo armónico” (del filósofo Krause) en Hostos: si “Dios está en todas las cosas”, la nación antillana ha de basarse en una noción igualitaria, en la cual se debe dar cabida al negro. Por otra parte, José Martí también se opone categóricamente al racismo; al estudioso le interesa subrayar que “Martí imagina un gobierno que brota de la realidad natural del país, no de Europa, ni de los Estados Unidos” (p. 145). El ideal de la armonía entre la naturaleza y la humanidad se encuentra propuesto en los planteamientos de Krause y también en los de Simón Bolívar; Martí se suma a dicha idea en diversos escritos, en los cuales defiende la construcción de un proyecto que haga justicia a la realidad local.

La nación peruana es para Ward un caso de polifonía en las Américas; para mostrarlo, se remite a Manuel González Prada, quien promovía el proyecto de una nación indigenista, atacando el colonialismo y subrayando la falta de una democracia multiétnica. Si bien en los planteamientos de González Prada hay un “paternalismo liberal” respecto de la necesidad de “educar” al indígena, este pensador concibe justo un levantamiento armado de los pueblos indios como respuesta a la violencia histórica que han sufrido. Para profundizar en el tema de la nación peruana, el estudioso se acerca a la obra de Clorinda Mato y su defensa del mestizaje cultural, así como de la inclusión de la mujer en el proyecto de nación al proponer la continuación de las redes interamericanas de mujeres, creadas en Argentina en el siglo XIX. Las obras de José Carlos Mariátegui y José María Arguedas le permiten discutir la reivindicación del indígena y el mestizo. Mariátegui reclama que la conquista destruyó la organización cooperativista del imperio inca y lamenta que así se haya destruido la posibilidad de construir una sociedad comunista. Ward subraya que Mariátegui recurre a su representación del incanato como “modelo positivo para su futura sociedad peruana” (p. 201).

El recorrido geográfico de Ward va del sur al norte y al final contrapone “la mexicanidad institucional” a la “subalternidad centroamericana”. El último capítulo está dedicado a “Los Estados Unidos y la fragilidad de la nación”. Ward subraya que en México la complejidad del mestizaje disminuyó la importancia colonial de las castas, de modo que surgió “un sistema de clases en que lo racial era menos sustancial, haciéndose más cultural” (p. 243). El estudioso trata de explorar qué

entiende Octavio Paz por nación mestiza, expone las propuestas feministas de Rosario Castellanos (trabajo y educación a las mujeres) y contrapone el pensamiento de estos intelectuales mexicanos a los testimonios de la guatemalteca Rigoberta Menchú, de la boliviana Domitila Barrios y del nicaragüense Omar Cabezas, como ejemplos de discursos que construyen la “epistemología subalterna”. En el último capítulo se desarrollan los temas de la lucha de los negros por sus derechos, así como de las pugnas de los chicanos por defender su espacio y sus costumbres frente a la cultura dominante anglosajona

Finalmente, cabe una reflexión sobre las nociones de centro y periferia, dependientes una de otra. Si bien los estudios culturales tratan de reconstruir lo que podría llamarse “la visión de los vencidos”, no siempre logran una compenetración cabal con el punto de vista no dominante. En este libro se trata de superar esa posible limitación mediante el acercamiento detallado en cada capítulo a los puntos de vista disidentes representativos de cada región, esto es, a la defensa de la diversidad cultural.

CELENE GARCÍA ÁVILA

PABLO BRESCIA y EVELIA ROMANO (coords.), *El ojo en el caleidoscopio*. UNAM, México, 2006; 557 pp.

El ojo en el caleidoscopio es una obra necesaria para el estudio del enorme número de colecciones de textos integrados que permanecían desatendidas porque carecían de un acercamiento teórico adecuado. Eventualmente la crítica abordaba este tipo de obras y describía ciertas características suyas, pero dada su singular estructura las consideraba como casos atípicos de libro de cuentos o de novela, desestimando que se tratara de una modalidad o un género distinto. Si atinaba en resaltar características evidentes en estos conjuntos como repetición, recurrencia e intratextualidad, fallaba en advertir que constituían una modalidad diferente.

En general, la crítica fijaba su atención en algunas características estructurales y temáticas que permiten tanto la autonomía como la interrelación entre los textos y destacaba la existencia de elementos unificadores como marcos, personajes y motivos. Sin embargo, no consideraba esta modalidad distinta de la novela o del volumen de cuentos no integrados.

Para denominar el grupo de obras que se diferencian de las colecciones no integradas y de la novela, los críticos han propuesto nomenclaturas que en general están relacionadas con la palabra “cuento”: “short story cycle” (Forrest L. Ingram y Susan Garland Mann), “short